

me siento en la peña del último recodo, sigo mirando con deleite esa pequeña mancha, allá lejos, abajo, formada por sus epístolas, escritas a principios de la segunda década; y cuando tomo la cuesta, por la otra vertiente, la sigo viendo todavía con mi sentimiento. Y cierro los ojos.

Nunca se me presentó Luis de Rodrigo en función de poeta y escritor, pero mucho antes de leer sus primeras poesías, había sido yo aprehendido ya por su inmenso caudal humano, por su singular modestia, por su fraternal sencillez. Alguna vez tuve la suerte de ocuparme de él y de su poesía en un reportaje. Lo que siempre admiré de él es el valor que ha tenido para resistir los más tremendos embates, tal como el queñua de Puno, ese árbol que los más fuertes vendavales del altiplano no logran abatir. Supo valerse del rocío poético para restañar sus heridas. Supo, asimismo, como su compañero Peralta, tascar, durante casi una vida, el freno burocrático, manteniendo, eficiente como él era, su independencia y dignidad personales. Y como Peralta, luego de haber sido publicado su primer libro, *Puna*, por el Ministerio de Educación Pública, en virtud de haber merecido, en 1945, Mención de Honor en el Premio "José Santos Chocano", hoy se nos aparece con un valiosísimo manojito de nuevas poesías, que marcan también un singular proceso evolutivo. El amor a la tierra, el encantamiento que en su alma de niño produjo el Lago evanescente y dilatado —encantamiento que se confunde en su espíritu con el recuerdo de su madre y de sus días de afanes—, el hecho de haber sido testigo presencial y sensible del acaecer humano en la altiplanicie del Collao; el discurrir prosaico de las gentes dedicadas al comercio en la ciudad de Juliaca, el trato diario con los indios; sus años de lucha en los Estados Unidos, en ambientes febriles, deshumanizados, mecánicos; su prolongada, honesta y eficiente gestión en las oficinas de la administración pública, todas esas cosas han constituido lo mejor de su biblioteca. Su aprendizaje ha sido vital. No ostenta grados ni títulos. ¿Quién es el que puede dar el título de hombre? Puede Rodrigo decir como Vallejo, que se siente revolucionario más por experiencia vivida que por ideas aprendidas.

Tiene la doble función del poeta: transformar sus propias lágrimas en gemas, y oír el latido del corazón ajeno. Allí están, en *Puna*, sus hermosas y emocionantes Plegarias, trasunto de su propia vida y de su desgarramiento personal; y allí está también, entre los poemas producidos recientemente, "Sequía", visión de un drama colectivo, dolor de un pueblo. En él se hace carne la frase de Pushkin: "Los golpes de martillo rompen el cristal y forjan el acero".

Y basta, pues no quiero mermar el tiempo que estos dos poetas y entrañables amigos deben utilizar para esparcir sus flores entre los oyentes de esta noche. Gracias a ellos también por haber venido a refrescar mi propio estro poético, depositando su confianza en mi palabra.

FRANCISCO
IZQUIERDO
RIOS

ARTURO D. HERNANDEZ

22 DE DICIEMBRE DE 1903 - 2 DE ABRIL DE 1970



La vida de Arturo D. Hernández fue una vida extraordinaria. De origen humilde alcanzó la luz del triunfo, como hombre cabal, como padre de familia, como amigo, como ciudadano al servicio de su patria y por sobre todo ello la gloria de escritor, que, dentro de las cosas perecederas de la existencia, le sobrevivirá a través del tiempo. Pues sus novelas y cuentos de la selva no morirán.

Hernández fue un escritor innato, de vida intensa y multiforme, la que, precisamente, constituyó una rica cantera para su creación artística.

Nacido en la selva, en un pueblo del Bajo Ucayali, borrado de la realidad por el curso variable del río, caminó con los años una senda serpenteante como los propios ríos de su tierra. Fue soldado, albañil, bracero de una hacienda algodonera, conductor de tranvía, mozo de barco, capataz de carretera, hasta culminar como abogado, como general de brigada, como presidente de la Asociación Nacional de Escritores y Artistas, cargo al que llegó por su mérito de escritor. Una vida admirable, en verdad.

Hernández, tras su muerte física, deja el vivo legado de su obra literaria, conocida aun más allá de nuestras fronteras; pues sus novelas *Sangama* y *Selva trágica* han sido traducidas, con gran éxito, a muchas lenguas. Además de las mencionadas, quedan la novela *Bubinzana* y el volumen *Tangarana y otros cuentos*, editado recientemente.

Quizá el patético mundo de su infancia hubiera podido ser tema para una de sus mejores obras. Como en el caso de Gorki, a quien se parecía en algunos aspectos de su vida. Yo, que he sido amigo de Hernández, le hice ver la posibilidad de esta creación. Aun le presté *Días de Infancia*, obra del ruso insigne. La muerte segó al autor de *Sangama*, cuando escribía acerca del tiempo de su niñez.

También Hernández pensaba dar una novela sobre el auge del oro negro en nuestra Amazonía, acontecimiento del que fue protagonista principal su tío Julio C. Arana, el Rey del Caucho. Incluso alentaba el propósito de escribir una biografía novelada de este su legendario pariente... Sueños que ya no se cristalizaron.

Yo, por mi parte, trataré de escribir sobre la vida y la obra de mi noble e ilustre amigo desaparecido, Arturo D. Hernández del Aguila.